

# SIN PEGAR OJO

## TESTIMONIO DEL HERMANO MAYOR

El reloj de pared tocó las once de la noche y mi hermano pequeño y yo fuimos a dormir. A los cinco minutos ya le oía silbar, lo cual quería decir que ya estaba dormido. Yo tardé un poco más pero igualmente fui vencido por el sueño. Al cabo de un rato el timbre del portal me despertó. Era mi padre, que volvía de un viaje a León que había hecho por motivos de trabajo. Nada más entrar mi padre en casa, se oyeron las carcajadas de mi madre y poco después las de mi padre. No supe cuál era el motivo de su risa hasta la mañana siguiente, pues no conseguí aguantar el sueño y me quedé de nuevo dormido.

## TESTIMONIO DE LA MADRE

Cuando abrí la puerta no pude contener la risa. Era ridículo, aquella chaqueta le quedaba pequeña de más y el color era más oscuro que el de la suya. Cuando le pregunté que de dónde había sacado esa chaqueta él se echó a reír como yo. Había venido en el coche del jefe y la chaqueta era de este. Al bajar del vehículo el muy despistado con esto de que era de noche y no se debía de ver muy bien cogió la chaqueta que no era. Ya le había dicho yo que tenía que graduarse las gafas por su bien. Estaba muy cansada y quedamos en que ya me contaría cómo se lo había pasado en León al día siguiente. Me metí en la cama y me quedé dormida antes de que él llegase a la habitación.

## TESTIMONIO DEL PADRE

Intentando no hacer ruido para no despertar a los niños y a mi esposa fui hasta la cocina para beber algo de agua. Al posar sobre la mesa la chaqueta del jefe un sonido seco me indicó que dentro de uno de los bolsillos había algo, y la curiosidad hizo que olvidase la sed y me pusiera a rebuscar en la chaqueta. Abrí el bolsillo en el que se notaba el bulto y me quedé asombrado. Había una pistola y un sobre abierto con dinero dentro. Me quedé un momento mirando la pistola, transmitía la más horrible de las sensaciones. Yo nunca había tenido un arma de ese tipo en mis manos y tenerla tan cerca me hizo estremecer. Luego cogí el sobre y saqué el dinero. ¡Dios mío! Aquello era más de lo que yo hubiera podido imaginar jamás, ¿de donde sacaría tanto dinero? Me senté en una silla y empecé a pensar. La escena parecía sacada de una película de asesinatos; la lámpara iluminaba la mesa donde se encontraban las pruebas incriminatorias: el arma homicida y el dinero con el que me habían contratado a mí, que hacía el papel de asesino. Pero yo no había hecho nada, yo era inocente, aquello había llegado a mis manos por error. Y mi jefe, ¿acaso él sí que había matado a alguien?, me preguntaba. Comencé a recordar algunos comentarios que había hecho durante el viaje. Yo no les había dado importancia pero ahora me parecían una confesión criminal en toda regla: “En fin, el balance final es bueno, por lo menos algún que otro asunto ha quedado ya liquidado” “el fin de semana que viene volveremos a tener matanza” “quien me iba a decir que iba a serme tan fácil callar al presidente de la comisión”... El presidente de la comisión era ciertamente un estorbo para la empresa. No asistió a la última reunión, me pareció raro, pero en esos momentos me parecía terrorífico, todo encajaba. Pero ¿sería de verdad capaz mi jefe de matar por negocios? “¡un buen negocio vale más que cualquiera de ustedes!”. Eso lo dijo una sola vez porque estaba muy cabreado, pero, ¿y si de verdad lo pensaba? ¿Y si ya hubiera matado en otras ocasiones? No podía borrar de mi mente las imágenes de la película que había visto la noche anterior. En ella el jefe de una gran empresa de los Estados Unidos mataba a varias personas sucesivamente sin que se supiera hasta el final que era él el asesino. El encargado de descubrirlo era un humilde empleado que iba a ser su próxima víctima. Resulta que cuando el asesino se abalanzó contra él con una pistola los dos comenzaron a pelear y ganó el humilde empleado, con quien era inevitable que me sintiese identificado en esos momentos. Ya pasaba de la media noche y yo seguía dándole vueltas a la cabeza. Decidí que lo mejor sería dejar todo como lo había encontrado. Volví a meter la pistola y el sobre con el dinero en el bolsillo de la chaqueta y me marché a la cama esperando que a la mañana siguiente viniese el jefe a intercambiar las chaquetas. Pero estando ya en la cama, no podía dormir pensando en el peligro que estábamos corriendo mi inocente familia, mis compañeros de trabajo y yo por estar relacionados con semejante personaje. De todas formas no lo iba a denunciar, primero lo comentaría en la oficina. Y de nuevo vinieron a mi cabeza escenas de

películas en las que el empleado encubría a su jefe por miedo a que este matase a sus hijos. Y así, sin pegar ojo, pasé la noche ahogado en esos pensamientos.

## **TESTIMONIO DEL HERMAMO PEQUEÑO**

Como todas las mañanas de verano, yo, el pequeñito, fui el primero en levantarme de la cama. Mientras los demás seguían durmiendo aproveché para ver los dibujos animados en la tele del salón. Cuando el superhéroe estaba a punto de enfrentarse en el combate final con el malo de la serie sonó el timbre del portal. Por supuesto no iba a ser yo el que fuera a abrir la puerta a aquel indeseable que seguro que había timbrado solo para molestarme. Por eso comencé a gritar pidiendo que alguien fuese a abrir. Mi poder de convicción fue fulminante, todos fueron en fila hacia la puerta. Justo en el instante en el que la abrieron, los dos protagonistas de los dibujos se pusieron uno enfrente del otro dispuestos a pelear por el dominio de la Tierra, pero los de la televisión prefirieron dejar el combate para otro día. La publicidad era muy aburrida y decidí ir a ver quien era el que había llamado a la puerta. Se trataba del jefe de mi padre. Al parecer los dos se habían intercambiado las chaquetas por equivocación el día anterior e iban a acabar con la situación. Una vez el jefe tuvo en sus manos su chaqueta sacó de uno de los bolsillos un sobre con dinero y con aires de ricachón empezó a contar los billetes por si acaso le hubiésemos robado alguno. Después de comprobar que no faltaba nada sacó del mismo bolsillo un objeto que me dejó asombrado. Tal vez a mí no fue al que más le asombró, pues mi padre se quedó pálido como las paredes. Allí estaba, era la mejor de las mejores, la más cara de las caras, la que mi madre me había prometido para cuando llegaran los reyes magos. Y verdaderamente era la verdadera, pues en la empuñadura tenía el signo de los Greatwarriors. Cuando se marchó me eché encima de mi madre y le eché en cara que el hijo del jefe fuera a tener el mejor de los juguetes antes que yo. Mi hermano mayor, muerto de sueño, volvió a su habitación un poco cabreado por el brusco despertar. Y mi padre, todavía pálido aunque reponiéndose, se fue bostezando a la cama. Por lo visto el pobre había pasado la noche entera sin pegar ojo.